

que más aprenden es a tener paciencia y así se lo hace saber el director a Jakob el día que éste le increpa y demanda una más viva actividad docente. A partir de dicho momento la paciencia es la virtud sobre la que gravitará toda la preocupación filosófica del joven von Gunten. No sólo la paciencia como decoro espiritual, sino la observación ya como arma ante los demás. Comprende que mejor se conoce a un individuo cuanto más se le observe y logre sacar de él todo lo que tiene en su interior y que sólo suelta en cómodas y dilatadas cuotas. La utilidad preciosa que comporta todo ser humano por el hecho simple de serlo, lleva a von Gunten a realizar un interesante estudio de sus condiscípulos y a descubrir en ellos cosas que nunca había imaginado, en aquel dorado mundo que fue su infancia, allá en el señorial feudo, donde su familia reinaba desde hace siglos. Linaje ilustre y antiguo de guerreros prusianos es el de los von Gunten; ahora han descendido al más bajo escalafón social, con un retoño de su sangre preparándose para ser sirviente.

La estructura del monólogo induce a creer que ya sea a mitad de la narración o el final de ella, el personaje se nos va a revelar ya en plena madurez o ancianidad y entonces habrá que leer en pasado. Pero no. La precocidad del narrador es mantenida a lo largo de toda la historia. Se diría que no necesita estudiar nada pues ya lo tiene todo sabido, pero al tiempo que lo sugiere sostiene un escepticismo preocupante por el futuro, su futuro en la vida, un mar de ambigüedades en que navega: las ansias confesadas de poseer mucho dinero y, al mismo tiempo, el de vivir sin él por la carga de responsabilidad el que entrañaría producirlo y conservarlo; el desapego por títulos y polvorientos blasones y la conciencia de llevar el orgullo de su alcurnia como algo congénito e imposible de desprenderse de ella. El poner en orden todas estas vicisitudes constituye el aprendizaje del joven von Gunten en el instituto Benjamenta.

*Jakob von Gunten* tal vez flaquea un poco en la creación de personajes traídos a escena sin justificar a fondo su existencia. Y no es la presencia física en sí, pues en un centro de enseñanza es lógico que haya un director que ahí está y una maestra que también nos es servida. Pero lo que los impulsa a comportarse como son está someramente explicado por Walser y casi se diría que viven milagrosamente en la obra. El director es un señor tiránico, soberbio, irascible, pero en ocasiones tierno y noble, que está por contarle a Jakob la historia de su vida, pero siempre sucede algo y el episodio tan importante no aparece nunca. Al final se quedan solos los dos, no sabiéndose bien para qué, aunque forzando un poco la imaginación se diría que el empleo que tanto solicita Jakob lo logra en esa misma casa que un día liquida su razón de ser como instituto de servicio doméstico. La maestra, señorita Benjamenta, hermana del director, es una doncella madura que un día muere de milagro y que deambula por el laberinto de unos recuerdos y unos anhelos insatisfechos que jamás expone por completo. La personalidad del director y de su hermana no es que sobren, pues colaboran en la idea central y total de la obra que no es más que un giro eterno en torno a reflexionar y exámenes de conciencia. El problema, diríamos si cabe como calificativo, es que tendrían que estar un poco más llenos de contenido para influenciar positiva o negativamente del todo al joven von Gunten y no limitarse a incitarle y sugerirle circunstancias, aunque éste es ya, por sí sólo, capaz de semejante contenido. Quizá por esto, Walser expone a media tinta lo que tendría que venir con mayor

vehemencia y decisión. Pero quizá también, es puerta abierta a especulaciones sin fin, dada la psicología precoz y aguda de Jakob von Gunten.

Al prescindir por completo de la cronología, Walser sitúa la acción en un tiempo sin medida que permite la reflexión sobre los hechos cotidianos de la vida, obligándonos de esta forma a vivir continuamente, a no desechar con desdén el pasado, puesto que pasado, presente y futuro giran sobre el mismo eje, perteneciendo a idéntico engranaje. Nada de lo que sucede dentro del instituto Benjamenta puede decirle algo a Jakob von Gunten que aclare sus dudas acerca de su vida anterior y lo que más adelante los acontecimientos puedan depararle. No hay puentes ni situaciones transitorias que le conduzcan de un tipo de existencia a otro. No. Un joven de buena familia decide abandonar su señorial estado de un momento a otro, pero como si lo hubiera decidido siempre y para siempre. La razón está escrita en el libro remoto que contiene en sus páginas el guión del drama humano y que sólo Dios ha moldeado y a quien únicamente le asiste el derecho de modificar episodios o personajes.

A propósito de Dios, la mención no es que se encuentre explícita en la obra. No hay necesidad de ello. Y no es difícil imaginar el porqué. Jakob von Gunten es Dios. Y lo es porque moldea el mundo —el suyo— a voluntad y si no interviene en el accionar de los demás seres es porque no le da la gana. En su magnanimidad llega a concederles el privilegio de seguir desenvolviéndose gracias al azar, al vaivén caprichoso del destino. A menudo Jakob sueña que es un dios y que habiendo llegado a la cima de un poder inalcanzable e indestructible, el mismo Dios viene a servirle como un lacayo más de su cohorte de servidores.

Ese convencimiento de poderío y el saber estar a la altura máxima de todo cuanto vive y sufre, lleva en ocasiones al jovencito von Gunten a ser presa de la amargura, la desolación y hasta el pesimismo. Cae en estos estados depresivos, porque sabe que más allá de ser dios no existe nada y entonces a nada más se puede aspirar en esta vida ni en la otra. Por lo que puede deducirse que para Walser la vida se convierte en ocasiones en vegetar, un estancamiento vacío e improductivo, pues todo lo que se haga para llenar el tiempo que nos separa hasta la muerte no tiene sentido. Expresiva del todo, concluyente, la frase que emite el personaje todopoderoso de *Jakob von Gunten*: «no hay nada a lo cual valga la pena aspirar». Con lo que la misión educativa del instituto Benjamenta se justifica por completo y es adecuada respuesta al interrogante del alumno, quien al llegar se pregunta por el profesorado —no lo ve por ningún sitio— y por el contenido del programa lectivo que se reduce a un libro que únicamente trata de «cómo debe comportarse un muchacho».

Es una lástima que no podamos leer el libro en su versión original. No por ello hay que dudar de los buenos oficios de traducción de Juan J. del Solar, esforzado pionero de las letras alemanas en el mundo de habla castellana. Si el ritmo con que se lee es el mismo que en el texto original, el goce para el amante de la buena literatura debe ser completísimo. La estructura del discurso no deja lugar a dudas de la capacidad literaria de Robert Walser, un maestro de la narrativa, de la construcción oral a base de frases cortas, manejando la sintaxis con la misma técnica depurada con que el barbero de antaño moldeaba los mostachos ensortijados. Sin ser reiterativo, Walser vuelve sobre uno y otro tema, pero remozando el tratamiento, de forma que

la idea que en principio había sido ligeramente enunciada, con las pinceladas posteriores es ofrecida al lector como un todo que, ensartadas una tras otra, componen el cuerpo general de la obra. Obra que es difícil catalogar dentro de un género concreto. No se puede decir que es una novela; tampoco un diario ni una autobiografía. Pero tomando estos tres elementos y fundiéndolos en uno solo, puede decirse sin riesgo al escándalo que se trata de un ensayo sobre la sociedad de la época, aunque el autor no se lo haya propuesto de forma determinada y precisa; que ha utilizado como banco de pruebas su propia vida y la indiferencia que siente por el trajín a que ésta es sometida.—MIGUEL MANRIQUE. *Palomares*, 7, 3.º D. LEGANES (Madrid).

## Kiosko

La reedición del clásico texto de Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, aparecido por primera vez en alemán en el año crucial de 1936 y traducido por José Mingarro y Tomás Muñoz Molina para FCE en 1943, permite recapitular cierta filosofía de la historia que se toca con eventos de actualidad tan dispares como el jomeinismo, el tercermundismo o el inesperado suceso editorial de libros como *Gárgoris y Habidis*, de Fernando Sánchez Dragó.

Meinecke define con claridad:

La médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora. Esto no quiere decir que el historicismo excluya en general la busca de regularidades y tipos universales de la vida humana. Necesita emplearlos y fundirlos con su sentido de lo individual.

Entonces, lo propio del historicismo es la consideración de la historia como un sistema de mundos, no como un universo. Los elementos que componen estos mundos tal vez se puedan generalizar, pero los sujetos de la historia son, finalmente, irreductibles e incomparables.

Se suele identificar el historicismo con la historiografía romántica, sobre todo de cuño germánico, pero, en rigor, se pueden rastrear sus orígenes en la misma época en que pensadores de tan opuesto cariz como el obispo Bossuet y Giambattista Vico intentaban una morfología de la historia universal. Leibniz, por ejemplo, desde su perspectiva del derecho natural, acuña un perfil de sujeto histórico que responde a la categoría de mónada, o sea, un ente cerrado y autosuficiente, una individualidad peculiar y espontánea que se desarrolla conforme a sus propias leyes, acaso sometidas a una ley universal, Código de los códigos, que circula por fuera de las mencionadas mónadas de la historia.

Los elementos historicistas impregnan hasta el propio pensamiento de la primera Ilustración (por ejemplo, al Voltaire del *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, de